

José Manuel López de Abiada

Entre los meandros de la memoria y el dilema fáustico. Entrevista a Jorge Volpi

Un somero recuento de los premios españoles de prestigio concedidos en los últimos años de la última década a la narrativa hispanoamericana nos lleva a una conclusión perentoria: a la nutrida lista de autores del *boom* y *postboom* se añade un elenco considerable de nuevos nombres, en general refrendados por las cifras de ventas. Entre los narradores galardonados con premios prestigiosos en los últimos años figuran los ganadores del Premio Herralde, concedido, respectivamente, a Jaime Bayly por *La noche es virgen* (1997) y Roberto Bolaño por *Los detectives salvajes* (1998); en 1999 quedó finalista Andrés Neuman con *Bariloche*. El primer Premio Internacional Alfaguara (1998) fue concedido al nicaragüense Sergio Ramírez por *Margarita, está linda la mar* y al cubano Eliseo Alberto por *Cara-col Beach*; el renacido y antaño mítico Premio Biblioteca Breve fue en su primera edición (1999) para Jorge Volpi por *En busca de Klingsor* (el argentino Gonzalo Garcés fue el ganador de la segunda edición, en 2000); el Premio Café Gijón fue asignado a tres latinoamericanos durante tres años consecutivos: Leonardo Padura (1995), Alfredo Taján (1996) y Matías Montes Huidobro (1997); el Premio Primavera 2000 de la editorial Espasa-Calpe fue concedido al también mexicano Ignacio Padilla, amigo y compañero de grupo de Jorge Volpi.

Este breve repaso apunta cuando menos hacia un fenómeno nuevo (amén

de relevante): desde mediados de los años 90, la narrativa hispanoamericana vuelve a ocupar en España un lugar preferencial, hasta entonces dominado por los españoles. Es más: las editoriales españolas han percibido que los hispanoamericanos “vuelven a marcar el ritmo”. Tomás Eloy Martínez señaló el fenómeno en un artículo de título memorable: “El tercer descubrimiento de América” (*El País*, 25-5-1998, p. 44). El narrador y periodista argentino se refería menos a los escritores consagrados (cuyas obras aparecen en editoriales prestigiosas y firmemente establecidas) que a los jóvenes (que publican en editoriales pequeñas o que logran acceder a las de renombre gracias a los premios). Esta constatación no debe llevar a creer que la mayoría de los narradores latinoamericanos editados en España son preponderantemente jóvenes o que pertenecen a corrientes o grupos determinados. En general se trata de escritores con una larga trayectoria literaria; y aunque haya grupos claramente definidos (por ejemplo, el “asturiano”, integrado por Luis Sepúlveda, Paco Ignacio Taibo II, Antonio Sarrabia, Miguel Littin, Hernán Rivera Letellier y Santiago Gamboa, entre otros), los escritores independientes o que rechazan etiquetas constituyen sin duda la mayoría, como se desprende de las varias antologías aparecidas en los últimos años (*McOn-do* [1996] y *Líneas aéreas* [1999] son las más conocidas). Por otro lado, en una época en la que prima el individualismo a ultranza y la cifra de ejemplares vendidos es un argumento de peso, el diálogo entre las varias corrientes y posiciones no resulta fácil.

En busca de Klingsor es una obra de largo aliento, que aborda una temática ajena a la tradición: la Alemania del proceso de Nuremberg y de la “desnazificación”. Una novela de difícil clasificación genérica. Cabrera Infante ha recurrido con gracia

y acierto a sus consabidos juegos de palabras para definirla: “novela alemana escrita en español”; novela de “ciencia-fusión” porque en ella confluyen y se (con)funden la “ciencia con la historia, la política y la literatura”. Pero es también una novela de suspense, de pensamiento, de acción y de intriga. Una novela sobre los totalitarismos, las posibles alianzas entre la ciencia y el crimen, el poder y la traición.

El físico norteamericano Francis P. Bacon (*nomen est omen*), discípulo de John von Neumann, es encargado de develar la identidad de un científico de primera fila que se esconde tras el wagneriano nombre de Klingsor, supuesta eminencia gris a quien el propio Führer había encargado coordinar la ciencia con el fin de construir la bomba atómica en tiempo útil y ganar la guerra. Para cumplir su misión, Bacon —que había conocido en EE.UU. a Kurt Gödel, a Einstein y a otras celebridades del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton— deberá entrevistar a lo más granado de la comunidad científica germana (Heisenberg, Planck, Schrödinger, Hahn, Meitner, Bohr y otros) en su búsqueda de Klingsor. Queda por saber si los científicos alemanes habrían llegado a la meta antes que los aliados si algunos científicos alemanes de origen judío, medio judío o casados con judías no hubiesen sido empujados al exilio (aspecto, sabido es, que forma parte de la leyenda de la *deutsche Atombombe*). Sea como fuere, los aliados no lograron producir la bomba atómica hasta el verano de 1945 (la primera explosión atómica fue en Los Alamos, en julio), dos meses después de la ocupación de Alemania.

Es difícil aventurar una hipótesis sobre la recepción de la novela en Alemania, cuya traducción publicará la editorial Klett-Cotta en septiembre de 2001. Pienso que será recibida con interés, aunque también considero que no van a faltar lectores

(y críticos) que echen de menos el “exotismo” latinoamericano.

J.M.L.: De su última obra ha dicho Cabrera Infante, miembro del jurado que le concedió el Premio Biblioteca Breve 1999, que es “una novela alemana escrita en español”. Efectivamente, el tema es muy alemán, puesto que usted explora una época crucial de la historia y política de Alemania y los años en que científicos alemanes intentan construir la bomba atómica para ganar la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué opina usted al respecto?

J.V.: A mí siempre me gustó este juego de palabras de Cabrera. Mi intención era tratar de escribir una novela que reflejara el mundo imaginario alemán, de modo que mis modelos eran los novelistas alemanes y austríacos de fines del siglo XIX y principios del XX, especialmente Thomas Mann, por lo que en este sentido creo que Cabrera tiene razón.

J.M.L.: ¿Conocía usted *Los físicos*, de Dürrenmatt, y *La vida de Galileo*, de Brecht, antes de comenzar su novela?

J.V.: Sí. Cuando estaba en el proceso de escritura de la novela, procuraba leer no sólo textos de ciencia y divulgación científica, sino todas las obras literarias que encontraba en torno a este tema y, entre ellas, estas dos piezas teatrales. *Los físicos* me divirtió e instruyó mucho, mientras que el conflicto del Galileo de Brecht me parecía fascinante.

J.M.L.: Otro elemento muy alemán es la presencia en la novela del “dilema fáustico”, es decir, la disponibilidad de ciertos científicos a aliarse incluso con el mal para llegar a sus fines. Dicho de otro modo: la investigación científica y sus descubrimientos parecen ser un Jano bifronte: positivo y benéfico por un lado, y lo contrario por el otro.

J.V.: El tema de la ciencia y el mal es muy antiguo, no por nada el árbol prohibi-

do del Génesis es el Árbol de la Ciencia. Y esa vinculación encuentra uno de sus puntos más importantes con la leyenda de Fausto. A partir de ahí es fácil extender la metáfora de que los científicos cuánticos, al pactar con el poder (nazi o aliado) y entregarle su conocimiento para la construcción de la bomba atómica, signaban un pacto con Mefistófeles, el que niega.

J.M.L.: *En busca de Klingsor* es una narración transida por elementos históricos, políticos, científicos. Es también novela de formación, con mucho suspense, de divulgación científica, una reflexión sobre el poder, el totalitarismo, la traición de los científicos y los intelectuales, la ética y su desplazamiento posible por el crimen...

J.V.: Desde el principio quería que la novela tuviera todas estas lecturas posibles, me parece que la novela es en el mundo contemporáneo el espacio ideal para las reflexiones globales, fuera de la hiperespecialización de la ciencia y las ciencias sociales.

J.M.L.: Su novela ha sido un éxito de ventas también en México. Hace casi dos años, Miguel Ángel Palou hablaba de 19.000 ejemplares vendidos en ese país. Por otro lado, según estadísticas publicadas recientemente, hay más librerías *per cápita* en Haití que en México, y hay más en la sola ciudad de Barcelona que en todo México. Son datos poco esperanzadores.

J.V.: Sí, es muy lamentable que el país más grande por población de lengua española tenga un número tan pequeño de lectores. Se trata, además, de un problema económico, de los estragos de un sistema educativo que no ha funcionado para crear lectores. Yo me siento muy satisfecho con los lectores que ha encontrado *Klingsor* en México (siete ediciones y 25.000 ejemplares), pero es nada si se toma en cuenta que somos 100 millones de personas.

J.M.L.: Alguien ha dicho que usted ha querido romper, en su novela, con el

compromiso continental que caracterizaba a muchos de los autores del *boom*, que usted no ha apostado por representar realidades latinoamericanas.

J.V.: No es en absoluto cierto. Cuando yo me planteé la escritura de la novela nunca imaginé hacer explícitamente algo para renunciar al tema latinoamericano. Para mí era absolutamente natural escribir sobre un país que no fuera el mío –por otro lado, continuando una vasta tradición latinoamericana que tiene su punto medular en Borges–, y no dejó de sorprenderme que la crítica señalara con tanta asiduidad esta aparente voluntad de distanciarme de lo latinoamericano. Ahora, simplemente creo que un escritor latinoamericano puede escribir sobre cualquier tema posible con la misma naturalidad crítica.

J.M.L.: En su ensayo *La imaginación y el poder* indaga usted sobre la relación de los intelectuales mexicanos con el poder en 1968, año del movimiento estudiantil en varios países europeos y americanos. En México, el movimiento estudiantil desembocó en una tragedia conocida por la masacre de la plaza de las Tres Culturas. Usted ha dicho que la construcción de *En busca de Klingsor* era exactamente lo contrario, puesto que a su juicio las historias importantes son las historias individuales de los personajes –que pueden llamarse Bacon, Links o Heisenberg, por ejemplo–, marcadas siempre por su momento histórico, por sus “circunstancias”, que diría Ortega.

J.V.: Mi libro sobre el 68 mexicano y *Klingsor* fueron proyectos paralelos, escritos casi simultáneamente. Ahí se ve que no hay una voluntad de alejarme de lo mexicano. Y me gustaba la idea de mostrar dos momentos clave de la historia, mexicana y universal, y observar las conductas particulares: las de los científicos en la Alemania nazi y la de los intelectuales en el 68.

J.M.L.: A primera vista el lector desprevenido puede creer que la novela está narrada en primera persona y desde el punto de vista de Links. Sin embargo, si se mira más de cerca, notamos que las voces narrativas son varias y variadas. En fin, las modalidades de la narración son muchas y presentan una gama de matices muy considerable...

J.V.: Aquí hay una trampa narrativa. En realidad, toda la novela fue escrita con el objetivo de retar al lector. Para mí, el único narrador es Links, sólo que a veces se disfraza de narrador omnisciente, en otras de estilo libre indirecto, y en otras cuenta cosas que nunca pudo haber conocido. La idea era que el lector sacara la conclusión lógica de que, si narra con detalle aspectos que ignora, es porque Links necesariamente está mintiendo.

J.M.L.: Sus puntualizaciones podrían llevarnos a pensar que en la época de la “cientificación” por antonomasia, una narración en primera persona da excesiva prioridad a la “subjetividad”. De ahí las varias modalidades narrativas...

J.V.: Exacto. El juego de la novela con el lector es mostrarle los peligros de la subjetividad, del testimonio y de la confesión.

J.M.L.: Echo de menos entre los nombres de los físicos y matemáticos que figuran en la novela a Oppenheimer. Si no me equivoco, fue uno de los primeros en percatarse de la sumisión de los científicos a los poderes políticos y económicos.

J.V.: Al terminar con *Klingsor* me quedé un poco decepcionado por no poder contar también la historia de Oppenheimer, un personaje fascinante que en muchos sentidos es la némesis o el *alter ego* de Heisenberg, enfrentado a dilemas morales muy parecidos. Desafortunadamente, me di cuenta de que para tratarlo con justeza hubiera necesitado otra novela completa.

J.M.L.: La “nota final” (que firma usted con sus iniciales) ha ido creciendo con el número de ediciones. ¿Esta “coda” forma parte del texto novelesco?

J.V.: Sí. En realidad toda la novela se ha modificado un poco con el paso del tiempo, de edición en edición, como un *work in progress*. Mientras la escribía, yo apenas había tenido contacto con físicos de carne y hueso (a excepción de un amigo que me aconsejaba), pero después de su publicación he convivido con numerosos físicos y matemáticos en varios países que me han hecho recomendaciones sobre la parte científica del libro. Incluso alumnos de Heisenberg y Schrödinger entre ellos. Así que he procurado ser cada vez más justo con las apreciaciones técnicas (e históricas), de ahí que mi nota final se haya ido ampliando.

J.M.L.: *En busca de Klingsor* es una búsqueda filosófica en torno a los meandros y recovecos de la conciencia, una especie de aventura por los laberintos del ser, un viaje que puede llevarnos al descubrimiento de muchas caras de la vida, incluida la de la maldad.

J.V.: En efecto, mi intención es que la novela fuese un largo camino de búsqueda de muchos de los aspectos que me intrigan, una forma de explorar numerosos aspectos de la realidad y del ser humano.

J.M.L.: En alguna entrevista ha declarado usted que en su última novela trabajó casi cinco años. Se trata de una novela de vasta envergadura y largo alcance, que llega al hondón de algunos aspectos capitales de una época crucial. Sin embargo, y pese a que la obra constituya un cosmos ficcional redondo y acabado, surge cuando menos la sospecha de que pudiera ser parte de un “proyecto” (don Miguel de Unamuno diría *trayecto*) aún más abarcador y (permítame el término) ambicioso.

J.V.: *Klingsor* es la primera parte de una trilogía sobre el siglo xx. Son tres

momentos que considero fundamentales del siglo pasado, que combinan en su trama a personajes históricos y de ficción. El primer momento es *Klingsor* durante la Segunda Guerra Mundial. El segundo es el libro que estoy escribiendo y que por coincidencia absoluta se centra en el 68 francés (y dado que ahora vivo en París podré hablar con varios protagonistas y conocer los escenarios reales). Y la tercera novela tendrá como momento clave la caída del muro de Berlín en 1989. Esta trilogía es para mí una manera de hacer un balance literario a la memoria del siglo xx.

J.M.L.: Un siglo poco edificante, que sin embargo para algunos historiadores tiene el mérito de haber sido “corto”, puesto que, a su juicio, abarca desde poco antes de la Primera Guerra Mundial (o, quizá mejor, desde comienzos de la revolución mexicana) a la caída del muro de Berlín y el derrumbe del comunismo “europeo”. ¿Es por ello que el prólogo de Links está fechado el 10 de noviembre de 1989?

J.V.: La novela está aparentemente escrita como las memorias de Links, que redacta desde un manicomio en alguna parte de la República Democrática Alemana, en 1989, justo cuando está cayendo el muro de Berlín, que también para mí era un ciclo histórico inevitable. El siglo comenzaba en 1905 con la teoría de la relatividad y el derrumbe de la física lineal, hasta llegar a la demolición final de la utopía socialista o del socialismo real en 1989. Este es el ciclo que Links vive completo, pues Links, para mí, es esa personificación del siglo, de este siglo que probablemente sea el siglo del caos, el siglo de la incertidumbre, como dije en otra ocasión.

J.M.L.: ¿Es por eso que la novela comienza con la frase: “¡Basta de luz!”? Quienes somos incondicionales de Goethe también nos percatamos de la frase de

Links hacia el final de la novela: “¿Puede encender esa luz?” (p. 354). Una frase que rememora las palabras de Goethe en el momento de morir: “¡Luz, más luz!”.

J.V.: Efectivamente. Se trata de un guiño, de una alusión a la frase de Goethe. La novela se inicia con Hitler diciendo “¡Basta de luz!”, lo cual sumerge toda la novela en este territorio de la oscuridad, del mal, del infierno o como se quiera ver, en contra del *Fiat lux*, del ¡Hágase la luz!, y así es durante un buen período de la historia europea. La novela termina cuando Links, ese otro personaje importante de la narración, está pidiendo otra vez que se encienda la luz, que otra vez haya luz, que es la luz de la Ciencia también.

J.M.L.: ¿Considera que *Klingsor* es una *opera aperta*, como diría Eco, o que, por el contrario, tiene un desenlace, un “final concreto”?

J.V.: El final es el que el propio lector tiene que decidir, frente a la incertidumbre, que sea el final.

J.M.L.: Muchas gracias.

Jorge Volpi nació en Ciudad de México en 1968. Estudió Derecho y Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca, es autor de cinco novelas—*A pesar del oscuro silencio* (1992), *Días de ira* (1994), *La paz de los sepulcros* (1995), *El temperamento melancólico* (1995), *Sanar tu piel amarga* (1997) y *En busca de Klingsor* (1999)— y del ensayo *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968* (1998).

De formación humanista, su vocación primera fue estudiar Filosofía, pero la lectura de la obra de Juan Rulfo, Carlos Fuentes y Octavio Paz le hizo cambiar de opinión y dedicarse a la literatura. Pese a ello, cursó también estudios de Derecho. De 1992 a 1994 desempeñó el cargo de secretario del Procurador General de Justicia. En la actualidad es director del Centro Cultural de México en París.

De 1994 a 1996 formó grupo con otros novelistas jóvenes. Deseosos de enlazar con los escritores del *boom* hispanoamericano, reivin-

dicaron un tipo de novela ambiciosa y de estructura compleja, a la vez alejada del neorealismo norteamericano y de los imitadores del realismo mágico.

Barbara Schuchard

El Astrólogo arltiano y el Dr. Mabuse: pistas para una pesquisa intermedial

En la literatura europea y americana de finales del siglo XIX y principios del XX dos temas centrales convocan el interés de un considerable número de escritores: el problema del poder y sus coacciones por un lado, y los trastornos mentales por el otro. No pocas veces ambos problemas aparecen interrelacionados. A partir del análisis de las crecientes presiones a que se han visto sometidas las sociedades europeas a lo largo de su historia de la civilización, Norbert Elias destacó los acotamientos, los deslindes y aun las violaciones del espacio individual que resultan de cada paso hacia lo que llamamos “civilización”. Michel Foucault, por su parte, se dedicó a estudiar las formas de castigo y represión que las sociedades civilizadas fueron concibiendo para los que no querían o no podían integrarse en los nuevos esquemas. El psicoanálisis y el análisis de los sueños elaborados por Sigmund Freud desandan los pasos oníricos o incluso sicóticos para detectar y, tal vez, remediar las coacciones y los perjuicios así causados. Un lugar tanto real como ficcional donde llegan a concentrarse estos hechos así como sus conceptualizaciones es la ciudad, la gran urbe, la metrópoli.

Al estudiar la obra narrativa de Roberto Arlt cuyo escenario es la ciudad de Buenos Aires, sorprenden las homologías entre el imaginario de sus novelas, por un lado, y el estilo y las estructuras expresionistas de ciertas películas de los años 1920 a 1930 por otro, como la versión filmica de *Crimen y Castigo* en 1922/23, intitulada *Raskolnikoff*, bajo la dirección de Robert Wiene, o el diseño de la gran urbe en *Metropolis* (1926) de Fritz Lang, para citar solamente dos ejemplos. Particularmente llamativas son las coincidencias de conceptos y visiones en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, y en las películas de Fritz Lang protagonizadas por el “Dr. Mabuse”. Se trata de coincidencias tan inesperadas de ideas, protagonistas y motivos, que parece difícil concebirlas como meras exhalaciones del espíritu de la época. Silvia Saítta, especialista de la obra arltiana, opina que los vínculos entre el cine y la literatura de Arlt constituyen un tema que todavía queda por investigar (correspondencia privada).

I

A continuación se exponen los datos y fechas más importantes para una pesquisa que querría proponer al saber colectivo de lectoras y lectores, y a sus intereses intermediales, interculturales y tal vez criminalísticos.

Las dos partes de la novela doble arltiana, *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, fueron publicadas en Buenos Aires en 1929 y 1931, respectivamente. Estas novelas, que interesan aquí por sus afinidades con obras de Fritz Lang, aparecieron en traducción alemana solamente en 1971 y 1973; lo mismo vale para las traducciones a otras lenguas.

La película de Fritz Lang con la que éste verdaderamente fundó su fama —así